

Elevados una vez todos los demás al pontificado, estaban en el caso de temerle (74), excepto el Cardenal de Ruán, á causa de su fuerza, supuesto que tenía por sí el reino de Francia, y los cardenales españoles con los que estaba confederado, y que le debían favores (75).

Así el Duque, debía, ante todas cosas, hacer elegir por Papa á un español; y si no podía hacerlo, debía consentir en que fuera elegido el Cardenal de Ruán, y no el de San Pedro es-liens. Cualquiera que cree que los nuevos beneficios hacen olvidar á los eminentes personajes las antiguas injurias (76), camina errado (*f*). Al tiempo de esta elección, cometió el Duque, pues, una grave falta, y tan grave que ella ocasionó su ruina.

[74] Mi solo nombre los hizo temblar, y los haré traer como carneros al pie de mi trono. R. C.

[75] ¡Bello motivo para contar con esta gente! Maquiavelo tenía también muy buena fe. R. I.

(76) Parecen olvidar cuando su pasión lo quiere; pero no nos fíemos en ello. R. I.

tante ilustre al lado del que le tiene miedo;" *satis clarus est apud timentem, quisquis timetur.* (Hist. 2).

f. "La memoria de las ofensas dura por mucho tiempo en los que permanecen poderosos;" dice Tácito: *quarum apud proepotentes in longum memoria est* (Ann. 5). "Los beneficios no penetran nunca tan adelante como las ofensas, porque la gratitud se hace á expensas nuestras, y la venganza á expensas de aquellos á quienes odiamos;" *Tanto proclivius est injurioe, quam beneficio vicem exsolvere; quia gratia oneri, ultio in quoestu habetur.*

[Hist. 4].

CAPITULO VIII

DE LOS QUE LLEGARON AL PRINCIPADO POR MEDIO DE MALDADES

Pero como uno, de simple particular, llega á ser también Príncipe de otros dos modos, sin deberlo todo á la fortuna ó valor, no conviene que omita yo aquí el tratar de uno y otro de estos dos modos, aunque puedo reservarme el discurrir con más extensión sobre el segundo, al tratar de las Repúblicas (1). El primero es cuando un particular se eleva por una vía malvada y detestable al principado (2); y el segundo cuando un hombre llega á ser Príncipe de su patria con el favor de sus conciudadanos (3).

En cuanto al primer modo, presenta dos ejemplos suyos la historia: el uno antiguo, y el otro mo-

(1) Se lo dispenso. G.

(2) La expresión es duramente improbativa. ¿Qué importa el camino, con tal que se llegue? Maquiavelo comete una falta en hacer de moralista sobre semejante materia. G.

(3) Puede aparentarlo siempre. G.

derno. Me ceñiré á citarlos sin profundizar de otro modo la cuestión, porque soy de parecer que ellos dicen bastante para cualquiera que estuviera en el caso de imitarlos (4).

El primer ejemplo es el del siciliano Agátocles, quien, habiendo nacido en una condición no solamente ordinaria, sino también baja y vil, llegó á empuñar sin embargo el cetro de Siracusa (5). Hijo de un alfarero, había tenido, en todas las circunstancias, una conducta reprehensible (6); pero sus perversas acciones iban acompañadas de tanto vigor corporal y fortaleza de ánimo (7), que habiéndose dado á la profesión militar, ascendió, por los diversos grados de la milicia, hasta el de Pretor de Siracusa (8). Luego que se hubo visto elevado á este puesto, resolvió hacerse Príncipe, y retener con violencia, sin ser deudor de ello á ninguno, la dignidad que él había recibido del libre consentimiento de

(4) Discreción de moralista, muy intempestiva en materia de Estado. G.

(5) Este, vecino mío, como Hieron, y de una era más cercana que la de él, estará más seguramente también en la genealogía de mis ascendientes. G.

(6) La constancia en esta especie es el más seguro indicio de un genio determinado y atrevido. G.

(7) El ánimo especialmente, que es lo esencial. G.

(8) Llegaré á él. G.

sus conciudadanos (9). Después de haberse entendido á este efecto con el General cartaginense Amilcar, que estaba en Sicilia con su ejército (10), juntó una mañana al pueblo y Senado de Siracusa, como si tuviera que deliberar con ellos sobre cosas importantes para la República; y dando en aquella Asamblea á sus soldados la señal acordada, les mandó matar á todos los senadores, y á los más ricos ciudadanos que allí se hallaban. Librado de ellos, ocupó y conservó el principado de Siracusa, sin que se manifestara guerra ninguna civil contra él (11). Aunque se vió después dos veces derrotado y aun sitiado por los cartaginenses, no solamente pudo defender su ciudad, sino que también, habiendo dejado una parte de sus tropas para custodiarla, fué con otra á atacar la Africa; de modo que en poco tiempo libró Siracusa sitiada, y puso á los cartaginenses en tanto apuro que se vieron forzados á tratar con él, se contentaron con la posesión del Afri-

[9] Acuérdense por diez años el Consulado, me le haré ceder bien pronto como Vitalicio; ¡y se verá! G.

[10] No necesito de semejante socorro, aunque sí de de otros sin embargo; pero son fáciles de lograr. G.

[11] ¡Véanse mi 18 brumario y efectos suyos! Tiene él la superioridad de un modo más amplio, sin ninguno de estos crímenes. R. C.

ca, y le abandonaron enteramente la Sicilia (12).

Si consideramos sus acciones y valor, no veremos nada ó casi nada que pueda atribuirse á la fortuna. No con el favor de ninguno, como lo he dicho más arriba, sino por medio de los grados militares adquiridos á costa de muchas fatigas y peligros, consiguió la soberanía (13); y si se mantuvo en ella por medio de una infinidad de acciones tan peligrosas como estaban llenas de valor (14), no puede aprobarse ciertamente lo que él hizo para conseguirla. La matanza de sus conciudadanos, la traición de sus amigos, su absoluta falta de fe, de humanidad y religión, son ciertamente medios con los que uno puede adquirir el imperio; pero no adquiere nunca con ellos ninguna gloria (15).

No obstante esto, si consideramos el valor de Agátocles en el modo con que arrostra con los peligros y sale de ellos, y la sublimidad de su ánimo en soportar y vencer los sucesos que le son adversos [16], no vemos por qué le tendríamos por in-

(12) He conseguido mucho más; Agátocles no es mas que un enaño en comparación mía. R. I.

(13) A la misma costa la he adquirido. R. I.

(14) Hice mis pruebas en esta especie. R. I.

(15) ¡Preocupaciones pueriles todo esto! La gloria acompaña siempre al acierto, de cualquier modo que suceda. R. I.

(16) ¿Los venció mejor que yo? R. I.

ferior al mayor campeón de cualquiera especie (17). Pero su feroz crueldad y despiadada inhumanidad, sus innumerables maldades, no permiten alabarle, como si él mereciera ocupar un lugar entre los hombres insignes [18] más eminentes; y vuelvo á concluir que no puede atribuirse á su fortuna ni valor, lo que él adquirió sin uno ni otro [19].

El segundo ejemplo más inmediato á nuestros tiempos, es el de Oliverot de Fermo [20]. Después de haber estado, durante su niñez, en poder de su tío materno, Juan Fogliani, fué colocado por éste en la tropa del Capitán Paulo Viteli [21], á fin de llegar allí bajo un semejante maestro á algún grado elevado en las armas. Habiendo muerto después Paulo, y sucedídole su hermano Viteloro en el mando, peleó bajo sus órdenes Oliverot; y como él tenía talento, siendo por otra parte robusto de cuerpo y sumamente valeroso, llegó á ser en breve tiempo el primer hombre de su tropa. Juzgando entonces

(17) Dígnense exceptuarme. R. I.

(18) ¡Otra vez moral! El buen hombre de Maquiavelo carecía de audacia. R. I.

(19) Y tenía yo por mí el concurso de ambos. R. I.

(20) ¡El astuto personaje! me hizo concebir excelentes ideas desde mi niñez. G.

(21) Vaubois, fuiste mi Viteli. Sé ser reconocido oportunamente. G.

que era una cosa servil el permanecer confundido entre el vulgo de los capitanes, concibió el proyecto de apoderarse de Fermo, con la ayuda de Viteloro, y de algunos ciudadanos de aquella ciudad que tenían más amor á la esclavitud que á la libertad de su patria [22]. En su consecuencia escribió desde luego á su tío Juan Foglaini, que era cosa natural que después de una tan dilatada ausencia, quisiera volver él para abrazarle, ver su patria, reconocer en algún modo su patrimonio, y que iba á volver á Fermo; pero que no habiéndose fatigado durante tan larga ausencia mas que para adquirir algún honor, y queriendo mostrar á sus conciudadanos que él no había malogrado el tiempo bajo este aspecto, creía deber presentarse de un modo honroso, acompañado de cien soldados de á caballo, amigos suyos, y de algunos servidores (23). Le rogó, en su consecuencia, que hiciera de modo que le recibieran los ciudadanos de Fermo con distinción, «en atención á que, le decía, un semejante recibimiento no solamente le honraría á él mismo, sino que también redundaría en gloria de su tío, supuesto que él era su discípulo.» Juan no dejó de hacerle los favores

(22) Reflexión de republicano. G.

(23) ¡El travieso! Hay, en toda esta historia de Oliverot, muchas cosas de que sabré aprovecharme, en las circunstancias. G.

que él solicitaba, y á los que le parecía ser acreedor su sobrino. Hizo que le recibieran los habitantes de Fermo con honor, y le hospedó en su palacio. Oliverot, después de haberlo dispuesto todo para la maldad que él estaba premeditando, dió en él una espléndida comida á la que convidó á Juan Fogliani y todas las personas más visibles de Fermo (24). Al fin de la comida, y cuando, según el estilo, no se hacía más que conversar sobre cosas de que se habla comunmente en la mesa, hizo recaer Oliverot diestramente la conversación sobre la grandeza de Alejandro VI y de su hijo César, como también sobre sus empresas. Mientras que él respondía á los discursos de los otros, y que los otros replicaban á los suyos, se levantó de repente diciendo que era una materia de que no podía hablarse mas que en el más oculto lugar; y se retiró á un cuarto particular, al que Fogliani y todos los demás ciudadanos visibles le siguieron. Apenas se hubieron sentado allí, cuando, por salidas ignoradas de ellos, entraron diversos soldados que los degollaron á todos, sin perdonar á Fogliani. Después de esta matanza, Oliverot montó á caballo, recorrió la ciudad, fué á

(24) Se asemejaba ella algo al famoso banquete de la Iglesia de San Sulpicio, que me hice ofrecer por los diputados á mi vuelta de Italia, después de fructidor; pero la pera no estaba madura todavía. R. C.

sitiar en su propio palacio al principal magistrado; tan bien que poseídos del temor todos los habitantes, se vieron obligados á obedecerle, y formar un nuevo gobierno cuyo Soberano se hizo él (25).

Librado Oliverot por este medio de todos aquellos hombres cuyo descontento podía serle temible (26), fortificó su autoridad con nuevos estatutos civiles (27) y militares (28), de modo que en el espacio de un año que él poseyó la soberanía (29), no solamente estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que también se hizo formidable á todos sus vecinos; y hubiera sido tan inexpugnable como Agatocles, si no se hubiera dejado engañar de César Borgia, cuando, en Sinigaglia, sorprendió éste, como lo llevo dicho, á los Ursinos y Vitelios. Habiendo sido cogido Oliverot mismo en esta ocasión,

(25) Perfeccioné bastante bien esta maniobra el 18 de brumario, y sobre todo al siguiente día en San Cloud. R. C.

(26) Me bastaba por lo pronto el espantarlos, dispersarlos y hacerles huír. Era menester sostener lo que yo había mandado decir solemnemente á Barras, que no me gustaba la sangre. R. C.

(27) ¡Que acaben, pues, bien pronto ese Código Civil, al que quiero dar mi nombre. R. C.

(28) Esto dependía enteramente de mí; y he provisto á todo á mi comodidad y progresivamente. R. C.

(29) Tonto que se deja quitar la vida con la soberanía. E.

un año después de su parricidio [30], le dieron garrote con Vitellozo que había sido su maestro de valor y maldad [31].

Podría preguntarse por qué Agatocles, y algún otro de la misma especie, pudieron, después de tantas traiciones é innumerables crueldades (a), vivir por mucho tiempo seguro en su patria, y defenderse de los enemigos exteriores, sin ejercer actos crueles; como también por qué los conciudadanos de éste no se conjuraron nunca contra él, mientras que haciendo otros muchos uso de la crueldad, no pudieron conservarse jamás en sus Estados, tanto en tiempo de paz como en el de guerra.

Creo que esto dimana del buen ó mal uso que se hace de la crueldad. Podemos llamar buen uso los actos de crueldad, si sin embargo es lícito hablar

[30] Con esta palabra de improbación, aparenta Maquiavelo formarle un crimen de ello. ¡Pobre hombre! R. C.

[31] La gente bonaza dirá que Oliverot lo tenía bien merecido, y que Borgia había sido el instrumento de un justo castigo. Lo siento sin embargo por Oliverot; esto no sería un buen agüero para mí, si hubiera en la tierra otro César Borgia que yo. R. I.

a. Esta voz *crueldad*, con que se representa aquí la de *crudelta* que se lee en el texto, se toma generalmente en italiano por cuanto acto de severidad, y rigor aun justo, hace sufrir crueles tormentos, aunque la muerte no deba ser el resultado suyo; y con mucha mayor razón, tormentos cuyo fin inmediato es arrancar la vida.

bien del mal, que se ejercen de una vez (32), únicamente por la necesidad de proveer á su propia seguridad (33), sin continuarlos después (34), y que al mismo tiempo trata uno de dirigirlos, cuanto es posible, hacia la mayor utilidad de los gobernados (35).

Los actos de severidad mal usados son aquellos que, no siendo mas que en corto número á los principios, van siempre aumentándose, y se multiplican de día en día en vez de disminuirse y de mirar á su fin (36).

Los que abrazan el primer método, pueden, con los auxilios divinos y humanos, remediar, como Agatocles, la incertidumbre de su situación. En

[32] Si ellos hubieran comenzado con esto, como Carlos II, y otros infinitos, estaba perdida mi causa. Todos contaban con ello; ninguno hubiera censurado; bien pronto el pueblo no hubiera pensado en esto, y me hubiera olvidado. E.

[33] Por fortuna esto es lo que menos los ocupa. E.

[34] Si se acaloran por mucho tiempo en esta operación, obran contra sus intereses. Cuando la memoria de la acción que debe castigarse, se ha inveterado, el que la castigo no parecerá ya mas que un hombre cruel genialmente, porque estará como olvidado lo que hace justo el castigo. E.

[35] Era fácil. E.

[36] Este método, el único que les queda á los ministros, no puede menos de serme favorable. E.

cuanto á los demás, no es posible que ellos se mantengan (37).

Es menester, pues, que el que toma un Estado, haga atención, en los actos de rigor que le es preciso hacer, á ejercerlos todos de una sola vez é inmediatamente (38), á fin de no estar obligado á volver á ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar á sus gobernados, á los que ganará después fácilmente haciéndoles bien (b).

El que obra de otro modo por timidez, ó siguiendo malos consejos (39), está precisado siempre á tener la cuchilla en la mano (40); y no puede contar nunca con sus gobernados, porque ellos mismos, con el motivo de que está obligado á continuar y renovar incesantemente semejantes actos de crueldad, no pueden estar seguros con él.

Por la misma razón que los actos de severidad

[37] Se verá bien pronto una nueva prueba de ello. E.

[38] La consecuencia es justa, y el precepto de rigor. E.

[39] Una y otra causa de ruina están á su lado; la segunda está casi toda á mi disposición. E.

[40] Cuando se lo permiten. E.

b. Así hizo Octavio, dice Tácito: "Después de haber depuesto el triunvirato, se ganó al soldado con dádivas, al pueblo con la abundancia de vituallas, y á todos con las delicias de una sosegada vida. Con ello, se hizo perdonar cuanto él había hecho mientras que era triunviro." *Posito triumviri nomine militem donis, populum annoná, cunctos dulcedine otii pellexit* (Ann. I); *et quoque triumviratu gesserat, abolevit* (Ann. III).

deben hacerse todos juntos, y que dejando menos tiempo para reflexionar en ellos, ofenden menos (41); los beneficios deben hacerse poco á poco, á fin de que se tenga lugar para saborearlos mejor (42).

Un Príncipe debe, ante todas cosas, conducirse con sus gobernados, de modo que ninguna casualidad, buena ó mala, le haga variar (43), porque si acaecen tiempos penosos, no le queda ya lugar para remediar el mal (44); y el bien que hace entonces, no se convierte en provecho suyo [45]. Le miran como forzoso, y no te lo agradecen.

[41] Los que empezados muy tarde, principian tímidamente probándose sobre los más débiles, hacen clamar y rebelarse á los más fuertes: aprovechémonos de ello. E.

[42] Cuando los derraman á manos llenas, los recogen muchos indignos; y no los agradecen los otros. E.

[43] ¡Y parece que uno está sobre un eje! E.

(44) Ellos lo experimentarán. E.

(45) Aun por más que se prometa y dé entonces, no servirá esto de nada; porque el pueblo permanece naturalmente sin vigor para el que cae de falta de previsión y longanimidad. E.

CAPITULO IX

DEL PRINCIPADO CIVIL

Vengamos al segundo modo con que un particular puede hacerse Príncipe sin valerse de crímenes ni violencias intolerables [1]. Es cuando, con el auxilio de sus conciudadanos, llega á reinar en su patria. Pues bien, llamo civil este principado. Para adquirirle, no hay necesidad ninguna de cuanto el valor ó fortuna pueden hacer, sino más bien de cuanto una acertada astucia puede combinar [2]. Pero digo que no se eleva uno á esta soberanía con el favor del pueblo ó el de los grandes [3].

En cualquiera ciudad, hay dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado ni oprimido por los grandes; y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir.

(1) Lo que yo querría; pero la cosa es difícil. G.

(2) Este medio no está, sin embargo, fuera de mi facultad, y me ha servido ya bastante acertadamente. G.

(3) Tiraremos á reunir, á lo menos, las apariencias de uno y otro. G.